

cortejaba durante cien noches. Sucedió la última noche. Había un baile en el Rokumei Hall y todo el mundo estaba allí. Me había fatigado un poco con el calor de la fiesta y estaba descansando un momento en uno de los bancos del parque...

(Se oye la música de un vals, distante al principio, pero luego cada vez más fuerte. Se corre el telón de fondo y aparece el inconfundible Rokumei Hall, sala de baile construida en estilo victoriano. En primer plano, un jardín. El decorado recuerda los telones de fondo que usaban antiguamente los fotógrafos.)

ANCIANA (Mirando fuera del escenario) — Fijate. Ha venido la gente más aburrida.

POETA — ¿Te refieres a esas damas y caballeros de tan buen aspecto?

ANCIANA — Naturalmente. Pero, ¿por qué no bailamos un vals como todo el mundo?

POETA — ¿Bailar un vals contigo?

ANCIANA — Recuerda que eres el Capitán Fukakusa.

(Entran bailando parejas vestidas con trajes de 1880. Se dirigen hacia ellos. Termina el vals. Todo el mundo rodea a la Anciana.)

MUJER A — ¡Qué guapa estás hoy, Komachi!

MUJER B — Cómo te envidio. ¿Dónde compras tus trajes? (Toca los sucios harapos de la Anciana.)

ANCIANA — Mando a París mis medidas y me los confeccionan allí.

MUJERES A y B — ¿De verdad?

MUJER C — Es la única solución. Siempre hay algo que no termina de caer bien en los trajes hechos en el Japón.

HOMBRE A — Uno no tiene donde elegir. No hay más remedio que llevar trajes importados.

HOMBRE B — Sí, eso es verdad también para los hombres.

¿Se han fijado en el frac que lleva esta noche el Primer Ministro? Está hecho en Londres, la patria de la confección para hombres.

(Parloteando y riendo, Hombres y Mujeres rodean a la Anciana y al Poeta. Los tres Hombres se sientan en el banco más alejado y charlan.)

HOMBRE C — Komachi es realmente encantadora.

HOMBRE A — A la luz de la luna, incluso una bruja parecería encantadora.

HOMBRE C — Eso no se puede decir de Komachi. Ella es igualmente hermosa a la luz del día. Y cuando la miras a la luz de la luna, es un ángel, un ángel caído del cielo.

HOMBRE A — No es de las que ceden fácilmente ante un hombre. Supongo que por eso corren tantas historias divertidas sobre ella.

HOMBRE B (utilizando palabras francesas que traduce a medida que las va diciendo) — Es una «pucelle», una doncella, eso es. Lo que podríamos denominar «une histoire scandaleuse», ¿comprenden?, una especie de escándalo.

MUJER B — Al Capitán Fukakusa le tiene sorbido el seso. ¿No ve lo pálido y demacrado que está? Parece como si no hubiese comido desde hace días.

HOMBRE A — Le ha dado por escribir poemas sobre Komachi, olvidando sus deberes militares. No es sorprendente que sus compañeros del Cuartel le desprecien.

HOMBRE C — ¿Es que no hay entre nosotros un hombre capaz de cortejar y conseguir a Komachi?

HOMBRE B — Todo lo que yo tengo es «une espoire», es decir, una esperanza.

HOMBRE C — También yo. (Estalla en carcajadas.) ¡Uf! Lo peor de llevar cinturón es que hay que reajustárselo después de las comidas. (Se afloja el cinturón un punto. A y B le imitan.)

*(Entran dos camareros: uno de ellos lleva una bandeja con bebidas y el otro una fuente de entremeses. Todos se sirven. El Poeta contempla inexpresivamente a la Anciana. Las tres Mujeres, con sus copas en la mano, toman asiento en un banco frente a los Hombres.)*

ANCIANA (*su voz suena juvenil*) — Oigo una fuente en alguna parte, pero no puedo verla. Es curioso, pero cada vez que escucho ese sonido siento como si, a lo lejos, estuviese cayendo una lluvia torrencial.

HOMBRE A — Qué maravillosa voz. Es tan clara como una fuente.

MUJER A — Oírla hablarse a sí misma es una lección de elocuencia.

ANCIANA (*volviéndose hacia el fondo*) — ¡Están bailando! Las sombras se mueven tras las ventanas y las ventanas se iluminan y apagan con las sombras de los bailarines. Está todo tan maravillosamente tranquilo... como las sombras que producen las llamas.

HOMBRE B — ¡Qué voz tan sensual! Es una voz que cala muy hondo en el corazón.

MUJER B — Aunque soy mujer, siento una extraña sensación al oírla.

ANCIANA — ¡Oh!, oigo una campanilla. Y el ruido de un carruaje y cascos de caballos... ¿De quién será ese carruaje? Ninguno de los príncipes ha venido todavía esta noche, pero esa campanilla parecía la de una de las casas reales... ¡Qué fragantes son los árboles del jardín! Es un perfume oscuro, dulce y penetrante.

HOMBRE C — Comparadas con Komachi, todas las demás mujeres no son más que mujeres.

*(Se oyen los primeros compases de un vals. Todos devuelven los vasos a la bandeja que les acerca el camarero y se ponen a bailar. El Poeta y la Anciana se quedan donde estaban.)*

POETA — Es extraño...

ANCIANA — ¿Qué es extraño?

POETA — En cierto modo, yo...

ANCIANA — Por favor, trata de decirlo. Ya sé lo que quieres decir, antes de que lo hagas.

POETA (*con ardor*) — Eres tan... eres tan...

ANCIANA — Hermosa, eso es lo que tratas de decir, ¿verdad? Pues no lo hagas. Si lo dices no vivirás mucho. Es un consejo amistoso.

POETA — Pero...

ANCIANA — Si aprecias algo tu vida, no digas nada.

POETA — Es realmente extraño. Me pregunto si es esto lo que se suele llamar un milagro.

ANCIANA (*se ríe*) — ¿Pero es que todavía se hacen milagros hoy en día? Milagros, ¡bah! Además, son una vulgaridad.

POETA — Pero tus arrugas...

ANCIANA — ¿Qué dices? ¿De qué arrugas hablas?

POETA — Eso es lo que quiero decir: no veo ninguna.

ANCIANA — ¡Pues claro! ¿Es que hay algún hombre que aguantaría cien noches por una bruja?... ¡Pero basta de fantasías! Vamos a bailar. Por favor, vamos a bailar.

*(Bailan. Se marchan los camareros. A las parejas A, B y C se les ha unido una cuarta. Después, todos se sientan, cada pareja en un banco diferente y comienzan a oírse susurros amorosos.)*

ANCIANA — ¿Estás cansado?

POETA — No.

ANCIANA — No tienes buen aspecto.

POETA — Tengo el aspecto de siempre.

ANCIANA — ¿He de tomar eso por una respuesta?

POETA — Esta noche es la número cien.

ANCIANA — Y aun así...

POETA — ¿Qué?

ANCIANA — ¿Por qué estás tan ceñudo?

(El Poeta interrumpe el baile súbitamente.)

ANCIANA — ¿Qué te pasa?

POETA — No es nada, sólo que me siento un poco mareado.

ANCIANA — ¿Quieres que entremos?

POETA — No, se está mejor aquí. Adentro hay demasiado ruido.

(Se quedan de pie, cogidos de la mano y miran a su alrededor.)

ANCIANA — Se ha detenido la música. Debe ser el descanso. Mira qué tranquilo está todo.

POETA — Sí, todo está silencioso ahora.

ANCIANA — ¿En qué piensas?

POETA — En nada. Mejor dicho, estaba pensando en algo muy raro. Tenía la sensación de que, si tuviéramos que separarnos ahora, dentro de cien años... y quizás antes de cien años... volveríamos a encontrarnos.

ANCIANA — ¿Y dónde nos encontraríamos? ¿En la tumba quizás? ¿En el cielo? ¿O sería en el infierno? Sí, ambos sitios son los más probables.

POETA — Oh, se me acaba de ocurrir algo... Espera un momento, por favor. (Cierra los ojos y los vuelve a abrir.) Un sitio igual que éste. Te encontraré de nuevo en un sitio exactamente igual que éste.

ANCIANA — Un jardín enorme, con farolas de gas, bancos, enamorados...

POETA — Todo será exactamente igual. Pero no sé cómo habremos cambiado tú y yo para entonces.

ANCIANA — No puedo creer que haya envejecido.

POETA — Podría ser yo quien no envejeciese.

ANCIANA — Dentro de ochenta años... el mundo habrá progresado mucho, ¿no crees?

POETA — Pero sólo los seres humanos cambian. Incluso las margaritas, dentro de cien años, serán margaritas.

ANCIANA — Me gustaría saber si habrá en Tokio jardines tan apacibles como éste.

POETA — Todos los jardines habrán vuelto a su estado original.

ANCIANA — Los pájaros serán más felices en ellos.

POETA — Tendrás tanta luz de luna como puedas desear.

ANCIANA — Y si te subes a un árbol y miras alrededor, podrás ver las luces de la ciudad, y será como si estuvieras viendo las luces de todas las ciudades del mundo.

POETA — ¿Y qué nos diremos cuando nos veamos dentro de cien años?

ANCIANA — «Siento que no nos hayamos mantenido en contacto», supongo.

(Ambos se sientan en el banco del medio.)

POETA — ¿Mantendrás tu promesa, verdad?

ANCIANA — ¿Mi promesa?

POETA — Tu promesa sobre la noche número cien.

ANCIANA — ¿Lo dudas siquiera? ¿Después de todo lo que te he dicho?

POETA — Sí, estoy seguro de que esta noche mis deseos serán satisfechos. Pero qué sensación tan triste, extraña y descorazonadora es. Es como si tuvieses entre tus manos algo que habías estado deseando durante muchos años.

ANCIANA — Para un hombre, ése debe ser el más espantoso de los sentimientos.

POETA — Mis sueños realizados... Y quizás algún día incluso me cansaré de ti. Si me hastiase de alguien como tú, mi vida después de muerto sería horrible. ¡Y qué espantosos resultarían los eternos días y meses hasta que muriese! Serían de una espantosa monotonía.

ANCIANA — Por lo tanto, deberías detenerte ahora.

POETA — No puedo.

ANCIANA — Es inútil obligarte a acabar con algo que tú, en realidad, no deseas terminar.

POETA — Pero es totalmente falso que yo no quiera. Soy feliz. Siento como si pudiese remontarme al cielo, y al mismo tiempo me siento curiosamente deprimido.

ANCIANA — Eres demasiado impetuoso.

POETA — ¿Y si yo me cansase de ti, te quedarías tan tranquila?

ANCIANA — Sí. No me preocuparía lo más mínimo. Algún otro empezaría las cien noches de cortejo. No me aburriría.

POETA — Casi preferiría morirme ahora, en este momento. Difícilmente se presentará una ocasión como ésta, y si me ha de llegar, que sea esta noche.

ANCIANA — Por favor, todo eso no son más que disparates.

POETA — Será esta noche. Y si he de pasar esta noche en inimaginables placeres, como los que he experimentado con otras mujeres... sólo de pensarlo me estremezco...

ANCIANA — No se vive únicamente para morir.

POETA — Nunca se sabe. Quizá se muere para vivir.

ANCIANA — ¡Qué vulgar!, ¡qué terriblemente ordinario!

POETA — Por favor, ayúdame. ¿Qué puedo hacer?

ANCIANA — Seguir adelante. Lo único que puedes hacer es seguir adelante.

POETA — Escúchame, por favor. Dentro de unas horas, dentro de unos minutos, se va a producir algo imposible. El sol comenzará a brillar en medio de la noche. Un gran navío, con las velas hinchadas por el viento, nos conducirá por las calles. Yo acostumbraba a soñar tales sueños cuando era muchacho; ahora me pregunto por qué. Un gran velero entrando en un jardín cuyos árboles rugían como el mar y con el césped cubierto de pájaros... Pienso en mi sueño y mi corazón se pone tan contento que siento como si fuese a detenerse, de tanta alegría.

ANCIANA — Querido, estás borracho.

POETA — ¿Acaso no me crees? Esta noche, dentro de unos minutos, algo imposible...

ANCIANA — Las cosas imposibles no existen.

POETA (*contempla el rostro de la Anciana, como si quisiera*

*rememorar algo*) — A pesar de todo es extraño... tu rostro...

ANCIANA (*aparte*) — Si termina esa frase, su vida se apagará. (*Intentando impedirle que hable.*) ¿Qué tiene de extraño mi rostro? Mira qué feo es, cuántas arrugas tiene. Vamos, abre los ojos de una vez.

POETA — ¿Arrugas? ¿Dónde están las arrugas?

ANCIANA (*alzando su traje y mostrándoselo*) — Mira, está hecho jirones. (*Poniéndoselo bajo las narices.*) Un olor nauseabundo, ¿verdad? ¡Está lleno de piojos! Mira esta mano. Mira cómo tiembla, como si sólo estuviese hecha de arrugas. Y las uñas son repulsivamente largas... ¡Mira!

POETA — ¡Qué maravillosa fragancia! Las uñas tienen el color de las begonias.

ANCIANA (*desabrochándose el traje*) — Mira, mira mis pechos llenos de roña. Los pechos de una mujer no deberían ser así. (*Exasperada, toma la mano del Poeta y la aprieta contra sus senos.*) ¡Tócalos! ¡Compruébalo por ti mismo! ¡No hay ni una gota de leche en ellos!

POETA (*extasiado*) — ¡Ah!, tu cuerpo.

ANCIANA — Tengo noventa y nueve años. Despierta. Abre los ojos. ¡Mírame bien!

POETA (*la contempla durante un rato, como atontado*) — Ah, por fin lo recuerdo.

ANCIANA (*llena de alegría*) — ¿Lo recuerdas?

POETA — Sí... eso es... tú eras una anciana de noventa y nueve años. Tenías unas horribles arrugas y los ojos te lagrimeaban y tus trajes hedían.

ANCIANA — ¿Hablas en pasado? ¿Pero es que no ves cómo soy?

POETA — Es extraño... tus ojos brillan como los de una muchacha de veinte años y tus vestidos huelen dulcemente. ¡Eres muy extraña! Te has vuelto joven otra vez.

ANCIANA — Por favor, no lo digas. ¿No recuerdas lo que te pasará si llegas a decir que soy hermosa?

POETA — Si creo que algo es hermoso, debo decirlo, aunque me cueste la vida.

ANCIANA — ¡Qué locura! Por favor, basta, por favor. ¿De qué instante estabas hablando hace un rato?

POETA — Te lo diré.

ANCIANA — No, no lo hagas, por lo que más quieras, no lo hagas.

POETA — Te lo voy a decir, Komachi. (*La toma de la mano.*) Eres hermosa, la mujer más hermosa del mundo. (*Ella se estremece.*) Este es el instante por el que he esperado noventa y nueve noches. Tu belleza no desaparecerá ni dentro de diez mil años.

ANCIANA — Te arrepentirás de haber dicho eso.

POETA — No, no me arrepentiré nunca.

ANCIANA — Eres un loco. Ya puedo ver la marca de la muerte en tu frente.

POETA — No quiero morir.

ANCIANA — He hecho todo lo posible por detenerte.

POETA — Las manos y los pies se me están quedando fríos... Estoy seguro de que volveré a encontrarte en este mismo sitio... dentro de cien años.

ANCIANA — ¡Tener que esperar cien años más!

(*El Poeta queda inmóvil y muere. Baja el negro telón de fondo. La Anciana se sienta en el banco y queda mirando el suelo. Luego, por hacer algo, reanuda su recuento de colillas. Mientras lo hace entra un policía y se pasea por el escenario. Ve el cadáver y se inclina sobre él.*)

POLICÍA — ¡Otra vez borracho! Es incorregible. ¡Vamos, levántate! Apuesto a que tu mujer está esperándote. Vete derecho a casa y métete en la cama... ¿Estará muerto?...

ANCIANA, ¿le has visto caer? ¿Estabas aquí cuando cayó?

ANCIANA (*levantando un poco la cabeza*) — Me parece que fue hace un rato.

POLICÍA — Su cuerpo todavía está caliente.

ANCIANA — Lo cual demuestra que acaba de morir.

POLICÍA — Eso ya lo sé yo sin necesidad de preguntarte. Lo que deseo saber es cuándo llegó.

ANCIANA — Creo que hace alrededor de media hora. Estaba borracho y empezó a propasarse conmigo.

POLICÍA — ¿Propasarse contigo? ¡No me hagas reír!

ANCIANA (*indignada*) — ¿Qué es lo que te hace tanta gracia? Es lo más natural del mundo.

POLICÍA — Y me imagino que te defendiste adecuadamente.

ANCIANA — No, no era más que un pesado y no le concedí la menor atención. Estuvo hablando consigo mismo un buen rato y antes de que me diese cuenta sufrió un colapso y cayó al suelo. Creía que se había quedado dormido.

POLICÍA (*gritando hacia la izquierda del escenario*) — ¡Eh! ¡Está prohibido encender fuego en el parque! Venid aquí, tengo trabajo para vosotros. (*Entran dos Vagabundos.*) Ayudadme a llevar este cadáver al cuartelillo.

(*Salen los tres hombres llevando el cadáver.*)

ANCIANA (*penosamente, arreglando sus colillas*) — Una... y una... hacen... dos... dos... y... dos... hacen... cuatro... Una y una hacen dos, dos y dos hacen cuatro...

